

¿Hacia dónde desea regresar un migrante?

Ensayo fenomenológico sobre la migración como un acontecimiento afectivo

Autor: Martín Mercado Vásquez.

Tema: La migración como un acontecimiento afectivo y sus atmósferas natal y nacional.

Método: Fenomenológico.

Palabras claves: migrante, atmósfera natal, esterilización, remesas, cordón umbilical afectivo, clima artificial, atmósfera nacional.

Resumen:

Proponemos una pregunta poco común, y tal vez por ello, reservada de mejor manera para la reflexión filosófica: ¿hacia dónde desea regresar un migrante? Como todo problema filosófico, esta pregunta, tiene la finalidad de despertar el asombro ante un aspecto que los análisis suelen dejar de lado: la migración es un acontecimiento afectivo (existencial). A manera de prólogo, establecemos la diferencia entre inmigración y emigración, con el fin de dar con la raíz común: migración. Acto seguido, ponemos en marcha el método fenomenológico (descripción de nuestras vivencias), preguntando: ¿Por qué una persona deja su atmósfera natal en busca de una nueva? ¿Qué tipo de aclimatación sufre el migrante? ¿Por qué los migrantes bolivianos suelen tener éxito en su aclimatación a nuevos mundos? ¿Qué dimensión afectiva sustenta el hecho de las remesas? ¿Por qué los migrantes logran reunirse en comunidades, en invernaderos afectivos? Todo este tránsito, nos permite concluir que el lugar a donde desea regresar el migrante es una atmósfera nacional, creada como réplica de la atmósfera natal abandonada. Puesto que migrar es un acontecimiento afectivo, producido por la decisión de cambiar de clima.

¿Hacia dónde desea regresar un migrante?

Ensayo fenomenológico sobre las atmósferas culturales de los migrantes

Planteamiento del problema

Cuando hablamos de migración es común preguntar hacia dónde va el migrante, por qué se va, le irá bien, volverá alguna vez. Pero son menos comunes las preguntas que por debajo se hallan: ¿realmente quiere migrar? y ¿querrá regresar? Dos canciones dan testimonio del deseo de retorno que un migrante experimenta en la distancia: *La caraqueña* de Nilo Soruco y *El regreso* de Matilde Casazola. En esta última escuchamos los versos: “Yo no logro explicarme con qué cadenas me atas” y “Pero busco en tu infinito, las raíces de mi alma”. Y en letra de Nilo Soruco escuchamos el verso: “Pero he de volver, no llores mi amor, no llores mi amor”. Ante este deseo de retorno, de atadura pese a la distancia, preguntamos: ¿hacia dónde, precisamente, desea regresar el migrante?

Al parecer sólo esta última pregunta es la que con mayor derecho pertenece al campo de la reflexión y meditación personal. Las anteriores, preguntas importantísimas y también urgentes, han sido diversamente estudiadas y sus respuestas pueden fácilmente respaldarse con datos estadísticos, de algún modo, pueden ser aclaradas con métodos de las ciencias sociales. La última, por su parte, parece ser un terreno casi inexplorado y del que muy poco se podrá decir con absoluta certeza. Por ello mismo, parece ser la que mejor tratamiento puede recibir mediante un ensayo filosófico.

Este ensayo es de carácter fenomenológico y hermenéutico. Fenomenología, antes que una determinada corriente filosófica del siglo XX, es un modo de proceder que atiende a las vivencias que en relación a los otros y al mundo experimentamos. Igualmente, la hermenéutica, antes que una determinada corriente filosófica del siglo XX, es la metodología filosófica propiamente aparejada a la fenomenología, pues toda descripción de nuestras experiencias sólo es posible dentro de un

determinado contexto cultural; dentro el cual siempre hay la posibilidad de reasumir de manera crítica la tradición que nos sustenta.

Así, el problema central del presente ensayo es ¿hacia dónde desea regresar un migrante? En el desarrollo de este ensayo descubriremos que la respuesta al problema aquí planteado es: todo migrante desea regresar a la atmósfera cultural del propio país que ha creado en la lejanía.

A continuación diferenciaremos la emigración de la inmigración como especies del género migración. Esto nos dará el horizonte general sobre el que el ensayo se desarrollará. Después estableceremos tres causas fundamentales de la migración. Y en la última parte del ensayo, arriesgaremos una fenomenología del migrante. Sólo tras este recorrido habremos comprendido cabalmente hacia dónde un migrante desea regresar y por qué.

1. Diferencia entre inmigración y emigración

Podría pensarse, como usualmente ocurre, que los términos inmigrar y emigrar no tienen mayor diferencia, pero quien ha migrado sabe que la hay, y la hay por muchas razones. Entre ellas las políticas migratorias, la connotación social y la identificación personal, el modo de nuestra propia experiencia. En esta última hay un océano emotivo que será importante indagar para comprender uno de los motivos por los que migramos. Pero antes, rastremos su raíz, su origen etimológico, pues los sentidos también migran.

La voz latina *immigro* significa: pasar a, penetrar e introducirse. Por su parte, la voz *emmigro* significa: cambiar de residencia, expatriarse, dejar la vida o morir; como en las sentencias: *e domo emigro* y *e vita emigro*. Ambos términos comparten la raíz *migro*. Esta voz latina significa: marcharse, emigrar, marcharse al campo, a casa de un familiar, al cielo, como también significa cambiarse, terminar en, morir, trasladar, llevarse y pasar. Al parecer, el término *migro* podría

compartir el étimo con la voz *mico*. La voz latina *mico* significa: agitarse, ir y venir, estremecerse, palpar; así por ejemplo, *arteriariae micant*: las arterias laten. Si se nos permite un registro metafórico podríamos afirmar que la migración tiene como patria de origen el estremecimiento corporal. Por ello, en su esencia, la migración es un acontecimiento afectivo que surge en la experiencia de uno mismo.

Sin embargo, migrar es, fundamentalmente, moverse de un lugar a otro. Por lo tanto, la migración es un asunto además de corporal, también espacial. Ya que toda experiencia de nosotros mismos, siempre nos remite, intencionalmente, a los otros. Todo movimiento es el acto de un cuerpo; todo movimiento se da en un determinado espacio, con referencia a algún lugar. Todo movimiento implica siempre a los otros; sea para no chocarnos con ellos, en una gran distancia o cercanía afectiva: los movimientos del infante explorando el cuerpo de quien lo cuida.

El movimiento nos delata en tanto y cuanto seres vivos, tanto dentro el cuerpo como fuera suyo. Nuestro cuerpo palpita, al respirar, al circular la sangre por nosotros; nuestro cuerpo se siente vivo al estremecerse. El cuerpo que se mueve, que va y que viene es el cuerpo vivo; es el cuerpo de quien extrañamos en la ausencia, el que se aleja en la distancia. Así, todo ser animado es susceptible de migrar. De distanciarse para estar con unos, o acercarse para mantenerse con otros. En nuestro idioma la acepción es compartida tanto para los animales con escamas, con alas, como también por los cuadrúpedos y bípedos.

Esta capacidad compartida debería llamarnos la atención. Hay especies endémicas y otras que no. Una especie endémica es aquella que habita en las localidades o regiones propias. En cambio, aquella que no es endémica es invasiva. Esta migración en los animales con alas, escamas o cuadrúpedos puede ser de dos tipos. De inmigración, cuando un animal se ha instalado en un

territorio distinto del suyo originario, generalmente provocando contagios y la posibilidad de convertirse en plaga. De emigración, cuando una especie animal cambia periódicamente de clima o localidad por exigencias de la alimentación o de la reproducción. En el primer caso, el animal inmigrante ha pasado una frontera ajena, ha penetrado en un lugar que no le es propio, se ha introducido en un lugar distinto al endémico, al suyo propio. En el segundo caso, la emigración es el término usado para el conjunto de una especie que se ve en la necesidad de cambiar periódicamente por razones ya mencionadas. Con el tiempo y la regularidad, el lugar al que se emigra puede convertirse en parte de la zona endémica de la especie. Y lo que debería llamarnos la atención es precisamente la similitud con que la pequeña diferencia semántica se aplica también a los animales bípedos; diferencia semántica cuya repercusión afecta directamente a nuestro drama humano.

En el caso de los humanos, la distinción entre inmigración y emigración puede ser muy parecida. Los inmigrantes suelen ser los “sudacas”, los “peruchos”, los “rotos”, los “bolitas”, los ilegales, los indocumentados; todos aquellos que por su forma de ingreso a un lugar se establecen como intrusos, como una especie invasiva no endémica. Y generalmente son las primeras en presentarse como agentes de contagios o como posible plaga.

En cambio, los emigrantes son aquella especie que por la exigencia de alimentación o reproducción, generalmente por motivos ajenos a su voluntad, se ven necesitados a cambiar de clima y localidad. De ahí, que, en nuestro idioma, “abandonar la residencia habitual del propio país, en busca de mejores medios de vida” sea parte de la red semántica de emigrar. En este sentido, los emigrantes son aquellos que tras causas ajenas a su voluntad, han decidido, finalmente, cambiar de lugar y de clima.

2. ¿Por qué migramos?

a. Tres causas fundamentales de la migración

Y es que los humanos, gran parte de nosotros siempre tenemos buenos motivos para marcharnos del lugar de origen. En el terreno de la filosofía hay dos citas que azarosamente me vienen a la mente.

La primera se halla en *Acerca del alma*, 406 a, 5 – 10. Ahí Aristóteles afirma que todo lo que se mueve: se mueve por sí mismo o por otro. El hombre se mueve por sí, pues es bípedo y la marcha le es natural; y, sin embargo, también puede moverse por otro, puesto que en el navío, los marineros no avanzan propiamente con sus pies. Por lo tanto, un buen motivo para marcharnos de un lugar a otro es el hecho de que nuestra constitución corporal nos permite hacerlo.

La segunda, corresponde a Nietzsche. Este motivo fuerte viene de la constatación de un hecho ineludible, al par que determinante: nadie es dueño de vivir en todas partes. De ello se sigue con absoluta necesidad el que la elección del clima y del lugar donde se ha de vivir no puede ser tomada a la ligera. Puesto que, según afirma, la influencia del clima sobre la aceleración o retardación del metabolismo puede alejarnos o acercarnos a la tarea existencial que nos hemos trazado; siempre y cuando, previamente nos hayamos establecido como una obra de arte que debe ser esculpida de la manera más perfecta posible. Este el segundo motivo: nos marchamos con el fin de mejorar la situación de origen.

Estos dos motivos, aunque pocos, parecen resumir en pocas palabras todos los relatos que suelen hacerse sobre el origen de la migración humana, aquellos que comienzan como un dulce cuento: “La migración es tan antigua como el hombre...” La predisposición del cuerpo y el proyecto de perfeccionamiento humanos aparecen como fundamento para comprender por qué las cifras de migración han presentado una curva siempre ascendente. Pero si bien sirven de fundamento, no

siempre podrían considerarse como causa suficiente del estrepitoso acenso alcanzado en las últimas décadas. Parece pues necesario, añadir un tercer motivo: el avance tele-comunicativo. Este tercer motivo tiene dos facetas: la tecnológica y la psicológico-existencial.

La faceta tecnológica, que interviene en este tercer motivo, ha sido claramente puesta de relieve por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). La OIM afirmó en 2003 que la creciente oleada de migrantes es uno de los indicadores más fiables de la intensidad de la globalización, tan fiable como otras corrientes, por ejemplo, las financieras o comerciales, de ideas o de información. Esta confianza del indicador “migración” parece estar muy bien fundada, ya que, hasta el 2003, el 2,9 % de la población mundial era migrante. Es decir, hasta la fecha indicada, una de cada 35 personas en el mundo es un migrante. Esto es aún más alarmante si consideramos que en el lapso existente entre 1975 hasta el año 2000 la cifra de migrantes en el mundo ascendió de 80 a 175 millones. Esto significa que alrededor del 15 % de la población de Norte América es migrante, al igual que alrededor del 9% de los de Europa. La faceta tecnológica de este tercer motivo de la migración está relacionada precisamente con la globalización.

Se puede afirmar que a lo largo de la historia de las grandes culturas siempre hemos tenido como humanos una voluntad de globalización, así como procesos más y menos perfeccionados. Esto es así, si por globalización comprendemos la vocación de unificarnos como especie humana en una sola nacionalidad; sea ésta proyectada por un origen común, una lengua común, un destino común, una ética común, una economía o moneda común. Pero sólo en este último periodo hemos tenido conciencia plena de este proyecto. Esta conciencia, en parte, de la voluntad de globalización ha surgido casi en la misma medida en que nos hemos dado cuenta de cuán difícil es realmente lograrlo, como también por la nueva forma de conciencia producida por los nuevos medios de comunicación masivos.

Sólo con el papel jugado por los medios masivos de tele-comunicación hemos caído en cuenta de cuán distintos somos unos de otros. Y hemos asumido esta nueva conciencia de dos maneras. Una de ellas reflejada en la diferencia abismal entre los distintos mundos que existen en este planeta, la diferencia cultural no es sólo tal en su origen y en su destino, sino en que es realmente diferente por la imposibilidad de articularse al común proyecto globalizador de una única humanidad. Como los asnos de la fábula, cada uno tira por su lado. La segunda manera de asumir la nueva conciencia mencionada estriba en que algunos proyectos humanos se han convertido en un mundo cuyo clima y paisaje se han tornado excitantes y casi irresistibles para sujetos de otros lugares. Como aquellos viejos relatos, estos nuevos excitantes, propicios y casi irresistibles presentan paisajes en los que se puede lograr mejores parajes para la alimentación, confortables lugares para una mejor reproducción de la especie, en incluso, si es visto como necesario, para “mejorar la raza”.

Sólo el internet, después de toda la empresa de la mega-producción fílmica, y de la ya actualmente casi caduca recreación literaria, ha hecho posible soñar con mundos tan diversos entre sí. Mundos en los que un Dorado o una fuente de la juventud aparecen como el acceso a un sueldo elevado o su correspondiente paquete turístico en una isla de la fantasía flotante, con todo pagado. Todo tras la faena para cruzar un muro tan alto que ni la ligereza de Aquiles, ni la viveza de Ulises suelen alcanzar si el departamento de migración levanta armas contra los ilegales e indocumentados. Sólo el internet ha tenido la capacidad de mostrar cómo nuestros mundos pueden entremezclarse, minimizar aquellos aspectos deplorables de las realidades menos apetecibles y lograr una conversación en *real time* con aquellos lugares, supuestamente, más propicios a la bonanza.

Una capacidad tal. La capacidad de mostrar mundos tan prometedores, al tiempo de establecer los contrastes necesarios para aquellos que necesiten ser asistidos sólo podría venir del hermano mayor

del internet: la televisión. Ella es, casi por antonomasia, en todo el mundo¹, la faceta tecnológica del tercer motivo de la migración. Para aquellos jóvenes espectadores del cine que aún no han tomado la decisión de migrar a causa del pueril romance, cuando han llegado a la mayoría de edad es la televisión la encargada de “ponerles los pies en la tierra” y exigirles la pronta resolución.

La televisión es la (mala) educadora por excelencia. Y es una educadora que no acepta medias tintas, sabe que pese a toda reforma educativa la mejor estrategia es la repetición. Tal vez su lema pedagógico favorito rezaría: sólo en la repetición radica la verdadera educación. Y uno de los temas con mayor índice de repetición es uno muy sencillo de aprender: “no hay lugar como el primer mundo”. Por supuesto que esta inestimable lección pedagógica tiene un reverso que no siempre es imprudente repetir en voz alta, como la *Iniciativa de la Gobernanza Global* hizo en 2004:

Lo que falta a los países del sur, es la voluntad política para desarrollar gobiernos nacionales que promuevan el desarrollo agrícola y rural, así como para guiar la globalización y la ciencia en beneficio de los pobres.²

Como correctamente analiza María Lily Maric, en este contraste el sur tiene un papel negativo en el sistema mundo global, en cambio el primer mundo si de algo puede pecar es de no ser suficientemente considerado con los no desarrollados. El primer mundo y los no desarrollados contrastan de manera tan perfecta, que es indudable cuál de los mundos es el más deseable. Un hermoso clima ideológico gobierna el primer mundo, un frugal paisaje de optimismo en el que toda ave desea migrar. Los patos de los mundos no desarrollados tienen paradójicamente el sur puesto en aquel norte de perfección. Siendo así que las imágenes de los que no son del primer mundo se construyen como el perfil de aquello que son pobres, devastados, lesionados, lastimeros; en ellos lo

¹ En especial si tenemos en cuenta aún la restricción al acceso del internet que muchas personas en el mundo tienen.

² Maric, María Lily, *¿Por qué migramos? Representaciones y factores psicológicos de la migración*, Ed. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009. Pág. 57. En adelante sólo citaremos el apellido de la autora y la página correspondiente: “Maric. Pág.”

endémico se construye sobre el otro polo semántico: lo epidémico y lo enfermo. En cambio, los del primer mundo se establecen con un patrón característico del héroe del *western*. El hombre blanco que con la ayuda de un adiestrado compañero (el piel roja Toro, el asiático Cato y el homínido Chita) puede aspirar a librar la última batalla, la batalla por la guerra final, por la guerra a la guerra, la guerra que por fin traerá la paz.

Estos dos perfiles son estereotipos. Según Maric, los estereotipos actúan como profecías de auto-realización³. Una promesa existencial es la que une al héroe con el espectador de la televisión y el internet. La contraparte del estereotipo del héroe es la imagen estigmatizada del que rivaliza con aquél. El televidente, el internauta sabe que debe rechazar algo que en él hay para humanizarse en el proyecto global del héroe. Debe humanizarse, debe dejar de ser quien era, aquel piel roja hijo y hermano de otro piel roja, aquel asiático discípulo de algún viejo maestro, aquel miembro del grupo para convertirse efectivamente en el colaborador del Solitario, de Linterna Verde o Tarzán.

Esto genera lo que Maric acertadamente señala como ansiedad. Aquel estado de agitación e inquietud propio de la raíz etimológica compartida por el *migro*, *mico*. Aquí surge el primer paso, ciertamente decisivo, para toda migración efectiva: la agitación del deseo, la inquietud por el cambio y transformación, pero ante todo, la zozobra de la situación del país en el que vive. La sensación, arraigada ya en su significado, de zozobra: la sensación de que el mundo en que ha nacido se ha convertido en una embarcación que pelagra por los fuertes vientos. Esta es precisamente la segunda faceta del tercer motivo de la migración: los resultados psicológico-existenciales de la educación tecnológica tele-comunicativa.

Si tuviésemos que sintetizar el tercer motivo diríamos que migramos porque los medios tele-comunicativos nos enseñan a experimentar que hay algo malo en nosotros, si es que no ha

³ Maric, Pág. 58.

reconocerlo, y nos permiten experimentar ficticiamente aquel mundo maravilloso, aquel primer mundo: una promesa dada por medio de un atisbo de experiencia: la sonrisa de Marilyn, la seguridad del soldado y la sólida templanza de una escultura de concreto que representa la libertad. Migramos porque nos enseñan a desear migrar. Y esta enseñanza radica en aprender a experimentar que nuestra realidad es una corrupción, una copia mostrenca del primer mundo, del antiguo mundo, del verdadero mundo. Esta enseñanza tiene como objetivo aprender a educarnos de tal manera que podamos acceder a un viaje cuyo destino sea el lugar donde mora aquel linaje divino⁴.

b. Migramos porque nos educan para ser migrantes

Precisamente este es el papel central de los medios tele-comunicativos en la dimensión psicológica o existencial: suspende la distancia de lo que es esencialmente allende para permitirnos experimentarlo en nosotros mismos. Pero no debemos pensar que por recurrir a la nueva tecnología este motivo es por completo una invención contemporánea.

Platón desde hace ya más de dos mil años nos presenta a un Sócrates que oficia como uno de los mejores agentes de migración. Es Sócrates quien mejor ha sabido enseñarnos que para irnos a un mundo mejor, primero, es necesario desearlo, convertirlo en tema del pensamiento. Después es necesario re-educarse para mantenerse en aquella dirección del deseo y del pensamiento de la mejor manera y por el mayor tiempo posible. Sólo así, logramos purificarnos debidamente para habitar, en un futuro prometedor, ese mundo deseado.

Platón enseñaba que ante el dolor y placer fuertes el alma se abrocha con el cuerpo de tal manera que entre ambos nos hay diferencia alguna, en ello pensamos que este mundo, lo que nos circunda

⁴ Platón, *Fedón*, 82 a, c. En *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*, Ed. Gredos, Madrid, 1988. Traducción, introducción y notas, Carlos García Gual. Todas las citas de Platón corresponden a esta edición, así que sólo citaremos el nombre y la referencia del pasaje. "Platón. X"

es lo único que realmente existe⁵. Pero que en estados de meditación, reflexión y contemplación uno manda de paseo al cuerpo y se mantiene en su alma misma⁶; ahí la experiencia de que existe algo más allá, algo que es lo verdadero, lo único con respecto a lo que nuestro mundo no es más que una segunda copia degradada e imperfecta. Sólo mediante este desprecio de lo inmediato una persona comienza a filosofar rectamente; pues hacerlo es prepararse para la muerte, prepararse para aquella migración de la que no es necesario, enviar cartas ni esperar acuse de recibo.

c. Sólo se va quien desea irse: la paradoja de todo migrante

Sólo se va quien desea irse. Este deseo surge de la experiencia del desprecio a lo circundante y del atisbo de la experiencia satisfactoria de lo allende. Todo esto se sostiene por la promesa existencial propagada por los medios de tele-comunicación. Esto se evidencia con los resultados presentados en las encuestas realizadas a jóvenes bolivianos, hace menos de un quinquenio. La pregunta fue ¿qué razones te llevarían a migrar? La razón más repetida entre las muchas respuestas fue: “no hay trabajo en Bolivia.” Seguida de: “mejores oportunidades” y “problemas en Bolivia.” La última, con una diferencia de 11% con respecto a la primera, fue: “superarme.”

Esto podría hacer suponer que quien migra lo hace porque el país está en condiciones “poco favorables”. Pero este eufemismo encubre que para que podamos percatarnos o caer en cuenta de que nuestro país está así, debemos primero experimentarlo como tal. Y ante aquellos que erróneamente suponen que lo objetivo es cuestión de discursos presidenciales o análisis partidistas, deberían prestar más atención al hecho de que la tercera razón, en la escala de respuestas de los jóvenes bolivianos, reza lo siguiente: “no me gusta Bolivia.” Y es que vivir en un país no es tanto una cuestión de sangre como una cuestión de deseos.

⁵ Platón, *Fedón*, 83 c – d.

⁶ Platón, *Fedón*, 80 e – 81 a..

Esto está íntimamente ligado a la percepción contradictoria y ambigua que tienen del boliviano, la paradójica experiencia de un mundo que se cae a pedazos, al tiempo que derrocha lo que inverosímilmente posee en sus fiestas populares.

Así, pues, las palabras más utilizadas⁷ para la categoría boliviano son, por una parte: “callado”, “agresivo”, “dependiente” y “explotado”, como por otra: “amable”, “borracho”, “sensible”, “ambicioso”. Las palabras más utilizadas para la categoría Bolivia fueron, por una parte, “comida”, “paisaje”, “libre”, “multilingüe” y, por otro, “dolor”, “proyectos”, “racista”, “cambios”. Esta concepción contradictoria es reforzada por la información propagada por los medios de comunicación. Sin embargo, se halla tan interiorizada que ni siquiera el proyecto del monopolio político del contenido informativo, propuesto por el gobierno de Evo Morales, logrará revertirlo fácilmente. Y esto es algo realmente alarmante, pues genera un sentimiento de desesperanza que trasciende las carencias económicas. Puesto que en Bolivia se ha generalizado una experiencia de desprecio por el propio país al no haber confianza en el sistema social, político y mucho menos en el jurídico. Todo esto siempre nos permite experimentar la zozobra del marinero que siente que la nave se hunde, de un marinero consciente de no ser el capitán, de un marinero que siente las ganas de saltar de una nave que es su mundo. Mundo que poco a poco se piensa en pretérito, siempre imperfecto.

En cambio, la concepción que los jóvenes bolivianos tienen sobre el primer mundo es radicalmente distinta de la de Bolivia, pero no por ello, menos contradictoria y paradójica.

⁷ Sólo mencionaremos las cuatro primeras de las listas.

En el imaginario de nuestros jóvenes, estos países representan *oportunidades profesionales, acceso a la tecnología del primer mundo, son países donde existe seguridad ciudadana y mejor calidad de vida.*⁸

España y Norteamérica fueron los países que mayor intención de posibles migrantes presenta entre los jóvenes, pero a nivel nacional son fuertes referentes de destino de migración Argentina y Brasil⁹. Muchas veces la concepción de estos países, en especial los considerados de primer mundo, se estructura a partir de características centrales como: “buena calidad de vida”, “trabajo” “oportunidades”, “buena economía”. Pero también aparecen términos como: “discriminador”, “racista”, “contaminado”, “discriminación”, “lejano”. Además de un peculiar indicador: “está mi familia”. Si bien hay términos evidentemente paradójicos como “buena calidad de vida” y “discriminador” siempre prevalece una concepción general positiva. Al punto que porcentualmente, sólo alrededor del 10 % de sus respuestas pueden considerarse negativas, el 2 % neutras y el restante porcentaje mantiene la concepción positiva del primer mundo. Y este es un dato muy relevante, pues es común de los humanos que ante una decisión sea aceptable arriesgar las pérdidas, pero no las ganancias.

Por lo tanto, el boliviano es “flojo” y “borracho”, por ello el país está en peligro de hundirse, así nos aventuramos a saltar del barco. Pero el boliviano es “trabajador” y “sensible”, por ello tenemos la confianza de prosperar en el primer mundo. Bolivia se ha degradado, se convierte siempre ante los ojos del migrante en un país enfermo, como dicen los jóvenes de la encuesta: “atrasado”, “bloqueador”, “conflictivo”, “desorganizado”, “mediocre”, “dividido”. Y, sin embargo, Bolivia es un hermoso país, “acogedor”, “amable”, “diverso”, “feliz”. De ello, Maric saca las conclusiones que no pueden negarse por su nivel de evidencia:

⁸ Maric, Pág. 131.

⁹ He aquí los destinos a los que migramos, pero en síntesis migramos a otro mundo, otro clima y localidad.

Un análisis de los mismos nos señala que los jóvenes paceños, si bien perciben Bolivia como poseedora de atributos que confieren a sus ciudadanos una vida “agradable”, “acogedora”, “amable” y “sencilla”, con “aire puro”, “buena comida”, “bellos paisajes”, también la perciben “bloqueadora”, “conflictiva”, “corrupta”, “desorganizada”, “inestable”, “mal educada”, “mal gobernada”, víctima de problemas “raciales” y por lo tanto “dividida”. Todo esto resta “oportunidades” al ciudadano, quien ve impedida su posibilidad de “desarrollarse” como persona.¹⁰

Todos estos atributos propios conforman una atmósfera propiamente festiva. Una atmósfera es un lugar en el que dos o más personas experimentan un espacio creado intersubjetivamente. En una atmósfera el espacio geométrico, toda geografía objetiva, queda puesta entre paréntesis para que sobre ella y en desmedro de sus particularidades, se erija un espacio común afectivamente compartido. Esta atmósfera festiva íntimamente relacionada a la experiencia de su mundo, convierte a Bolivia en algo más parecido a una “colonia de vacaciones”¹¹ que a un país en el que ellos se sentirían seguros y orgullosos de reproducirse.

Tal vez por ello, resulta que es común observar a muchos migrantes que tras la incumplida promesa de regresar, sólo regresan eventualmente a realizar alguna fiesta o preste, o a participar de alguna entrada folclórica. Muchos de ellos quedando nuevamente endeudados y con la necesidad de regresar a su lejana fuente de trabajo. Pero la atmósfera presentida, la atmósfera de “buena calidad de vida”, “progreso” y “seguridad” no siempre es exactamente lo que recibimos cuando aquella promesa existencial de los medios tele-comunicativos parece cumplirse. En esos casos suele ocurrir lo expresado en la escena 14 de la obra teatral *Un país en sueños*¹²:

¹⁰ Maric, Pág. 114.

¹¹ Maric, Pág. 116.

¹² Chipana, Freddy; Riera, Andrea, *Un País en sueños*, inédito. Quedo agradecido al grupo Altoteatro, en especial a Carmen Tito, por haberme facilitado una copia del guión de la obra citada. En adelante sólo citaremos los apellidos y su calidad de inédito: “Chipana; Riera. Inédito.”

Julia: Un anuncio en el periódico, trabajo en el extranjero buen sueldo, trabajo de costura con y sin experiencia, salimos de La Paz por tierra hacia Brasil, un bus a Santa cruz, después en tren, días de viaje, entras como turista porque así te lo dicen. Somos un montón, llegamos y nos retienen el documento, nos dicen que la policía aquí es mala con los bolivianos, que te meten a la cárcel años si te agarran, el sueldo es de 500 dólares, per llegando nos dicen que nos van a pagar 0.3 centavos de dólar por prenda. Trabajas 14 horas, luego son 16, 18, hasta llegar a las 20 horas. Llega el mes y no te pagan, te dicen que primero tienes que pagar el gasto de pasaje, te cobran un pequeño alquiler por quedarte ahí a dormir y comer. Sin darte cuenta han pasado años sin salir, encerrados esperando pagar la libertad 25 % de bolivianos en el extranjero, estamos regados quién sabe por dónde, a nuestra suerte. Lo que no entendemos es que los esclavos de ayer son los amos de hoy.¹³

En esas situaciones el “país de sueños”, aquel “primer mundo” pierde y difumina aquella atmósfera que esperábamos experimentar. Esta “espera”, esta expectativa de la experiencia de la atmósfera prometida se nutre de la paradoja tele-comunicativa contemporánea: la comunicación de la televisión y del internet producen una comunicación sin distancia, una experiencia comunicativa sin distancia. Creíamos estar ya allá antes de partir. Cuando llegamos las cosas no son como se nos habían enseñado. La vida de un Odiseo sin Ítaca estable ha comenzado, una odisea que no se vive por el paso del tiempo, éste ha quedado suspendido. Una odisea que se experimenta como una distancia casi insalvable; pues migrar es un asunto fundamentalmente espacial, un asunto atmosférico.

d. Conclusión preliminar de la primera parte: migrar es una experiencia contradictoria

Migramos porque estamos humanamente predispuestos a ello. Porque nos es propia la capacidad de seleccionar y rechazar climas y localidades donde habitar, porque tenemos la facultad de cambiar de

¹³ Chipana; Riera, Inédito.

atmósferas en las que vivimos. Pero también, hemos podido demostrar que migramos por un deseo aprendido, más que por la mera contingencia económica. Esto nos permite comprender una paradoja existencial: la atmósfera en la que nacimos nos resulta ciertamente desagradable al tiempo que hermosa. Y por ello, la atmósfera a la que aspiramos, casi, la experimentamos como llena de nuevos aires, aires de “esperanza” y “progreso”; en gran medida como una negación sublimada de nuestra atmósfera natal.

Pero muchas veces ocurre que la atmósfera prometida sólo exista como un deseo, como una negación sublimada de la atmósfera natal o, simplemente, no exista. Experimentarla es producto de un gran trabajo que muy pocos consiguen. Y, al parecer, se la consigue cuando se ha estado a punto de bajar los brazos. Y tal vez por ello, esta reflexión pueda ser tan válida para un boliviano como para cualquier otro latinoamericano rumbo a Norteamérica, a Argentina, a Brasil a España, en fin, siempre rumbo a un aparente mejor y “nuevo mundo”, a una nueva atmósfera deseada. Para el migrante, el destino siempre será un primer “nuevo mundo”, una nueva atmósfera. Sólo así cobra sentido por qué para todo migrante, migrar es sinónimo de dar nuevas y mejores oportunidades a los que se quedan.

Por todo lo anterior, migrar es una experiencia contradictoria. Amamos un país al que nos han enseñado a despreciar. Pero lo despreciamos para desear un nuevo clima y localidad, una nueva atmósfera. Nos vamos para mejorar, para progresar, con la intención de mejorar y ayudar al progreso de aquello que despreciamos, el mundo del que partimos. Aquí se comienza a comprender el sentido de aquella nostalgia, en la que uno siente que por fin se ha alejado de aquel “país de mierda” que le enseñaron a despreciar. Pero, si la verdadera educación consiste en desaprender lo aprendido; entonces, el migrante logra el mérito de doctorado. Pues aprende que en la lejanía, lo más amado es aquel “país de mierda”.

3. Transición

Hasta ahora hemos logrado responder a la pregunta por qué migramos. La respuesta se articula por tres proposiciones: 1) migramos porque estamos humanamente dispuestos a ello, 2) migramos porque tenemos la facultad de seleccionar el tipo de atmósfera en la que viviremos y 3) migramos porque hemos aprendido el deseo de migrar. La última proposición posee dos facetas: a) una tecnológica, en la que intervienen los medios de comunicación como los responsables de enseñar el deseo de migrar; y otra faceta, b) la psicológico-existencial, por la que experimentamos el rechazo de nuestra atmósfera nacional para desear y optar una nueva atmósfera en el primer mundo.

Esto nos demuestra que la razón por la que migramos es compleja y contradictoria. Contradictoria porque el migrante dice que desprecia aquello que en realidad ama y, después, en la distancia, ama aquello que parecía despreciar. Por lo tanto, parece obvio afirmar que el migrante, de una u otra forma desea regresar. El himno nacional y las canciones populares parecen llegar tonos que nunca antes habíamos percibido con tal dulzura. El olor de la comida tradicional cobra una sazón que sólo en la distancia es posible degustar con tanto placer. Así, sentimos que “mi río mi cielo llorando estarán”, como poética expresa Nilo Soruco en *La Caraqueña*, sólo en la distancia se hacen visibles aquellos “titanes ignorados que cobijan la altipampa”, como canta Matilde Casazola en *El regreso*. Y por ello sentimos decir en nuestro interior: “Pero he de volver, no llores mi amor, no llores mi amor”. Por ello preguntamos: ¿Exactamente a dónde quiere regresar un migrante?

Procuraremos responder a esta pregunta poniendo en juego una fenomenología de la ambientación y una fenomenología de la nostalgia. Esperamos con ello dar satisfactoria respuesta el problema aquí propuesto.

4. Reflexión sobre el deseo de regreso del migrante: fenomenología de la ambientación y de la nostalgia

Luís: No lo sienta porque usted pasará por lo mismo. Ya para qué volver, al menos aquí me siento más útil. Duele mirar atrás. Me gustaría encontrar las cosas tal como eran ayer, llegar a ser niño y hacer todo lo que siempre quise hacer, romper los vidrios jugando, insultar al vecino, o romperle la cabeza a los gobernantes con el escudo nacional. Duele estar lejos de tu familia, duele estar lejos de los que quieres. Quisiera venderle mi estómago al que le sobre comida, vender un riñón, mi corazón. Vendería todo lo que soy para regresar o me rompería las piernas para nunca más viajar. Duele estar lejos de tu país, quiero volver a mi país, a ese país donde pasa todo. A ese país de mierda, a mi país, al corazón de mi Bolivia, quiero volver, me muero por regresar.¹⁴

Hay algunas cosas que se ven mejor cuando tomamos cierta distancia de ellas. Por ejemplo, un bosque, una ciudad o los errores, las experiencias y la infancia. En base a esta última, ensayaremos una descripción fenomenológica; puesto que parece que también parece ser un lugar de origen y todo lugar de origen, según sabemos, es algo que suele mirarse mejor desde la distancia.

a. Venimos de un mundo muy distinto, sólo visible en la lejanía: por una fenomenología de la infancia

Todavía recuerdo vagamente el infantil misterio implicado en la soledad vivida en aquella casa de mi abuela cuando todos los adultos salían. ¿Adónde iban? ¿Volverían? ¿Por qué no podía uno irse con ellos? No había la facilidad actual de los niños, cómoda y generalmente efectiva, de contactarse con los mayores en cualquier momento. También recuerdo la experiencia *tele*-comunicativa del teléfono. Había que consultar el número, la existencia del número; muchas personas no todas las familias tenían el servicio. De tener el servicio, uno debía buscarlo en alguna libreta y nunca faltaba un número indebidamente escrito en la pared. Ocurría que en algunas ocasiones, nada continuas,

¹⁴ Chipana; Riera, Inédito.

llamaba por teléfono a mis primos para reunirnos a jugar. Recuerdo con qué expectación me dirigía al teléfono. Recuerdo aquél aparato, mitad mecánico y mitad mágico, que exigía el ritual del discado. Después de discar podía o no conectar la llamada: el número podía haber cambiado, el servicio podía haber sido suspendido, podía dar el tono de ocupado o sonar interminablemente sin que alguien conteste.

Sin embargo, después del ritual del discado solía escucharse el tono que indicaba que la operación estaba realizada. En ese momento uno se convertía en aquella repetición, a intervalos, de un sonido que espera respuesta pronta. Sólo una voz podía corroborar un correcto procedimiento. Sin embargo, recuerdo que durante algún tiempo mis primos habían alquilado el servicio a otra familia, así que tras el saludo pedía a la señora que me comunicase con ellos. La señora aceptaba, dejaba el auricular en la mesa. Recuerdo aquel sonido producido por el contacto del auricular con la mesa. Entonces, escuchaba el grito del nombre de mi tía, sus pasos presurosos o la noticia obvia tras un solo par de pies que retornaban a decirme: “Pues no está. Llame después”.

Recuerdo, por otra parte, también la emoción vivida en la lectura de los libros, el suspenso y el tiempo que uno solía dedicar a una ilustración. El olor de las hojas viejas, sus colores y texturas, siempre diferentes de gran manera a las nuevas. Los lejanos sonidos de los boleros de caballería en las casas de la cuadra, siempre aparejados al misterio que envolvía a la presencia del vestido de luto de los transeúntes. El mundo siempre era algo cuyo horizonte se alejaba, nunca se podía estar seguro de lo que pasaría al día o semana siguientes. Podía pasar todo, como simplemente no pasar nada.

También recuerdo las tardes en el patio de la casa, el juego con la tierra, con el agua de la manguera, con las plantas que crecían sin mayor atención humana. La misteriosa relación de una perra que

cuidaba la casa y a la que solía hablarle cuando la soledad se prolongaba hasta la noche. Hablarle a un animal a solas es una experiencia muy particular que uno sólo puede experimentar de niño, pues le hablas con un nivel de confianza que no puede equipararse con la ofrecida a ningún humano. Además que uno, por lo menos cree, saber descifrar la respuesta clara y correcta del cuadrúpedo compañero. De niño uno suele encontrar en ellos algo que nadie más puede saber ni decir con tanta claridad; así como tampoco nadie más puede escuchar ni comprender tan perfectamente.

La casa, el patio o la calle. Según se esté sólo, acompañado por muchos o por pocos. Uno sentía, sin percatarse plenamente de ello, que todos estos lugares eran un cosmos cerrado que eventualmente, pocas veces, se abría. Todos estos lugares, las tardes de tedio permitían que uno pudiese hablar consigo mismo, planear alguna travesura que sólo con tiempo y paciencia podía llevarse a cabo (ingresar al lugar prohibido, jugar con lo indebido, etc.). Eran lugares no sólo de encuentro con los otros, sino lugares donde uno podía esconderse del mundo. Podíamos conversar con los muñecos, podíamos simplemente callar y admirar el mundo en su amplitud inconmensurable, podíamos, bello tesoro, hablar con nosotros mismos y hasta discutirnos. O bien podíamos consolarnos y recordarnos algo que nos ayude ante el miedo o nos impulse con valor. Por ello, hablar con los animales y las plantas no evoca sólo un paisaje dieciochesco, sino y principalmente, la atmósfera infantil de la que muchos de nosotros provenimos.

En la infancia experimentamos la vivencia de la **atmósfera natal**, en la que aprendimos quienes somos. A partir de esta experiencia todas las demás serán o bien para reforzarlas, o bien para rechazarlas, pero siempre en relación a ella. Una atmósfera es un lugar en el que dos o más personas experimentan un espacio creado intersubjetivamente. En este caso, la atmósfera natal es el lugar donde aprendimos a relacionarnos con el mundo, con un mundo que nos enseñó a ser quienes somos. Esta relación está culturalmente determinada, pues ninguna relación con el mundo es

plenamente natural, ni absolutamente artificial. Siempre está apoyada en la educación del uso y relación con nuestro mundo. Esta educación moldea, centralmente, la afectación, la emotividad por la que nos experimentamos como pertenecientes a un lugar de arraigo que llamamos hogar, luego patria, luego humanidad. Si se nos preguntara, dónde llegamos cuando llegamos el mundo¹⁵; la respuesta sería: llegamos a atmósferas natales en las que aprendemos a ser quienes somos.

Esto es lo que significaba aquel mundo infantil: la capacidad de *desapegarse* del mundo común; la capacidad de experimentar un mundo interior. Pues sólo a partir del hecho, siempre presupuesto de compartir un mundo con los otros, el infante, el niño tiene esa capacidad maravillosa de ausentarse. ¿Quién, de niño, no se ha hecho invisible cerrando los ojos?

Tal vez la mayoría de nosotros evoquemos así las experiencias de aquel lugar infantil, visto siempre como un mundo casi perdido. Aquellos lugares conformaban parte de un universo que solía abrir de vez en cuando sus puertas para aspirar los aires de la ciudad. Claro está, hasta que uno inicia la odisea social con el inicio de la vida escolar... desde entonces, uno siempre desea regresar al lugar de origen. Y, precisamente, como los pasos de Odiseo que conocen el camino directo, pero nunca lo transita plenamente, sin que por ello, su corazón deje de estar en dirección directa al lugar de origen.

En las palabras del propio Odiseo escuchamos decir:

Mas ni una ni otra dobló el corazón en mi pecho,

porque nada es más dulce que el propio país y los padres

aunque alguien habite una rica, opulenta morada

en extraña región, sin estar con los suyos...¹⁶

¹⁵ Claramente es una alusión a la esferología de Peter Sloterdijk, pero la respuesta que aquí presentamos es alterna a la propuesta por Sloterdijk. Cfr. Sloterdijk, Peter, *Esferas*, Tomos I-III, Ed. Siruela, Madrid, 2009.

¹⁶ Homero, *Odisea*, Gredos, Madrid, 2000. Trad. José Manuel Pabón. Canto IX. Pág. 131.

Siempre se busca aquel primer hogar, pese a que esta búsqueda nunca sea directa o esté teñida de una negación que la sublima: la odiamos ahora, para después amarla en la distancia.

En aquel hogar de infancia, durante sus días y ocupaciones, uno sabía que podía pasar todo, como también podía pasar nada y producirse el tedio y depresión del crepúsculo o simplemente uno podía suspenderse en el sueño: dormir como una manera de desaparecer el mundo, morir un poco, renacer horas después. Todo esto permitía entrar o salir del mundo; ante todo, *experimentar un desapego del mundo*. Sin embargo, este desapego no era otra cosa que la capacidad de crear una atmósfera sustentada en el mundo con respecto al cual aparentemente nos desapegábamos.

Actualmente, pasa todo, siempre pasa todo y por ello mismo es como si nada pasara. Y casi no hay punto de comparación.

Actualmente, casi todos los estudiantes de colegio tienen un teléfono móvil. Aquel rito del discado actualmente es incomprensible, pues sólo basta con apretar dos botones: uno para el número grabado en la memoria del celular y, el otro, para esperar la pronta respuesta del interlocutor. Para ninguno estar en casa es un requisito. Cualquiera de ellos puede estar en un automóvil o en la calle, siempre disponible para la comunicación. En el lugar más inverosímil uno siempre puede encontrar a alguien con celular. En la iglesia, en la reunión, en la cita amorosa, no falta el osado que debidamente empaqueta el teléfono móvil para llevarlo a la piscina, o aquel que contesta en el baño.

Actualmente las personas del mundo no conocen distancias; para estos nuevos modernos sólo importa el tiempo. Por ello mismo, la filosofía del siglo XX tuvo como tema central el tiempo. En esto también debería verse la incredulidad de Einstein con respecto al misterioso éter aristotélico que se creía rodeaba a los cuerpos celestes. Desde entonces sólo el tiempo cuantificable comporta interés para el científico: el espacio se resuelve por la situación temporal del individuo. Por su parte,

las distancias, el espacio, lo lejano y lo cercano pasaron por un destino parecido al de los dinosaurios: sabemos que hay huellas de ellos, podemos reconstruir la fisonomía de alguno de ellos, pero no logramos que su historia se articule plenamente con la nuestra. La realidad ha sufrido tal nivel de aceleración que el paisaje es sólo un borroso horizonte que queda presupuesto en el viaje de conexión tele-comunicativa: sea este viaje puesto en marcha por el teléfono móvil, el metro o el avión.

Actualmente los niños son adultos todavía pequeños. Y actualmente todo adulto debe vivir el mayor tiempo posible en las relaciones de exterioridad, entre las obligaciones del trabajo y las obligaciones sociales, no hay tiempo para aquel espacio interior. Al parecer, vivíamos en un clima que se ha perdido en una distancia que ninguna aerolínea podría contabilizar como kilómetros u horas de viaje.

b. En la antesala al primer mundo: esterilización de migrantes

Este mundo adulto instalado en la exterioridad plena no tiene mejor comparación que el sector de migración de un aeropuerto. Todas las luces simulan un día eterno, una claridad plena a la que nada debe estar velado.

Presas de esa luz todos experimentan el nerviosismo de aquella falsa igualdad entre humanos. Todos con un documento que debe dar crédito de la identidad, cada uno se reduce a la exterioridad de una foto de tamaño establecido, los datos y un cello. Cada uno, según su turno, sólo debe presentarse como uno mismo para que el asunto haya concluido. Y sin embargo, solemos encontrarnos allí como si a uno le fuesen a buscar por dentro de los calzones. Uno está allí, aparentemente impasible. Pero las certidumbres con frecuencia son silentes: todos nos sentimos allí ridículamente impasibles. Como un mal actor que se percató de un público que no comprende al

personaje que interpreta, un público que ha llegado a media función. A una función iniciada mucho antes y de la que casi nunca verán su final.

Y las diferencias son ya evidentes. Si la diferencia no la establece la nacionalidad y el origen, la hace la apariencia de una solvente chequera, sino el acento o el rostro. Pero si eres latinoamericano, casi nunca los requisitos anteriores son suficientes. Claramente, en ese lugar, no son los papeles el medio por el que todos los ahí presentes son iguales. Aquella identidad abstracta a la que accede todo viajero con el número de identidad, el número de asiento en el boleto, ni siquiera el nombre. Lo que allí convierte a todo en iguales es un procedimiento que nos diferencia de los animales al tiempo que de crear una semejanza aún más profunda. Esta semejanza nos diferencia de la mayoría de los animales silvestres para comprometernos en cercanía con los animales de granja. Y es que aquella luz, la de los sectores de migración en los aeropuertos, es una luz muy similar a la colocada a los huevos de granja para que puedan ser artificialmente empollados.

A diferencia de los animales silvestres los lugares a los que migramos presentan un clima apetecible no por su calidad natural, aunque así nos lo haya presentado la educación mediática. Es un clima artificialmente creado al que sólo se accede después de varios procesos de esterilización. Estos procesos de esterilización son logrados con el objetivo de mantener eficazmente inmunizado el cuerpo social al que arribamos.

Como si se tratase de cualquier tipo de virus, los migrantes deben ser preparados en estos laboratorios panópticos; laboratorios de luz amplificada para que no queden sombras por ninguna parte. Su identidad debe ser puesta en evidencia para que mediante una dosis de ansiedad, producida por la vergüenza de ser migrante, estos cuerpos invasivos queden debilitados. Esta debilitación es lograda por un claro juego de poder. Ustedes llegan a este nuevo clima, pero son

extranjeros, no son endémicos y están prevenidos: si generan alguna anomalía serán nuevamente puestos a disposición de anticuerpos, funcionarios de la migra, funcionarios de la policía que sin importar el azul de la vestimenta son cuerpo blancos que pueden despedazarlos. La luz blanca que anticipa aquel clima deseado se convierte en una luz que esteriliza cuerpos.

Este debilitamiento de la identidad y la esterilización del cuerpo exógeno que arriba al nuevo clima producen resultados sumamente efectivos. No pasa ni una semana y el acento nativo es adoptado, la vestimenta transformada para simular, como piel camaleónica, la articulación plena con el gran clima, con el gran organismo en el que ahora se les ha permitido habitar.

c. La capacidad filogenética del migrante para aclimatarse en el primer mundo

Los países destino, los países que albergan a los migrantes saben muy bien cuán peligroso sería negar de manera absoluta la llegada de migrantes dentro su cuerpo social, dentro sus climas propios. Si un país no acepta migrantes corre el peligro anunciado sintomáticamente con varias erupciones en forma de huelgas y fiebres con forma de marchas. Por ejemplo, una el primero de mayo de 1886, otra un diez de marzo de 2006 y primero de julio y mayo de 2006, muchas de ellas en contra de HR 4437.

El primero en 1886 en Chicago, con una huelga cuyo resultado fue el establecimiento de la jornada laboral de 8 horas¹⁷. Las otras manifestaciones, de las que todavía habría que esperar resultados impactantes, tuvieron como magnífico desenlace la huelga general que fue llamada *Un día sin migrantes*¹⁸. Estas marchas, suelen ser presentadas por los medios de comunicación como el gran

¹⁷ El día del trabajo en Norteamérica, a diferencia de muchos otros países, no se celebre el primera de mayo, sino por el último trimestre del año. Esto fue una medida que buscaba evitar el fomento a los movimientos de izquierda en su país. En este sentido el boicot llevado a cabo el primero de mayo de 2006 fue una reacción alérgica contra el sistema de control migrante y laboral más fuerte que Norteamérica ha tenido que enfrentar.

¹⁸ Cfr. Ross Pineda y Concheiro Bórquez, *La gigantesca fiesta liberadora: "Un día sin migrantes en EE UU"*. Publicado en OSAL, Observatorio Social de América Latina, año VI, n ° 19, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina, Argentina, Julio, 2006. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal19/debatespinedaa.pdf>

grupo de la mano de obra barata y el trabajo duro. Pero lo que suelen olvidar, es que no sólo son mano de obra barata, sino también profesores, artistas, ingenieros, etc. Y siempre ante todo, por su buena capacidad de adaptación a los nuevos climas, amigas y amigos, esposas y esposos, hijos e hijas.

Y es que en especial los bolivianos llevamos como herencia filogenética la facilidad migratoria para el trabajo. Muchos de los migrantes de la ciudad conforman la segunda o tercera generación de migrantes del campo a la ciudad. Hijos cuyos padres campesinos eran ya migrantes endémicos. Pues, por ejemplo, muchos campesinos de nuestro país aun antes de la colonia poseían tierras tanto en las zonas altas como en las bajas. Por ejemplo, los que vivían alrededor del lago Titikaka tenían otra tierra de cosecha en los Yungas. Un sistema de doble domicilio que permitía la crianza de humanos sumamente aptos para los procesos migratorios. Así, acertadamente afirma Guevara:

No se trata, por tanto, de estrategias de supervivencia antiguas sino de un *habitus*, un saber de vida, una práctica asociada a una cosmovisión particular que permitía y permite ampliar el espectro de “lo posible” y una mejor y más sostenible utilización de los recursos naturales. No sólo para la supervivencia de una familia, sino para la vida y reproducción de toda una comunidad/sociedad.¹⁹

Esto, al tiempo que permite explicar los grandes éxitos de climatización, también permite explicar los logros laborales, institucionales y económicos. Quién si no los bolivianos, son los que con mayor frecuencia suelen ser considerados migrantes beneficiosos. Perspectiva práctica óptima que se aleja sobre manera del estigma de narcos; estigma muy bien enseñado por muchas películas comerciales.

¹⁹ Guevara, Jea-Paul, “Migraciones bolivianas en el contexto de la globalización”, publicado en *Alternativas Sur*, vol. III, núm. 1, 2004, pp. 171 – 187. Pág. 13.

A causa de este éxito maravilloso, lastimosamente, también se ha generado una alarmante falta de políticas provechosas para el cuidado de los migrantes. Este proceso, esta odisea existencial, se ha visto tantas veces sólo desde la perspectiva estadística y de porcentajes económicos, que el ingreso de remesas a los países de origen ha permitido que asumamos que nuestra mejor exportación no es el gas ni los minerales, sino la mano de obra, los recursos humanos. Es así que las remesas no son sólo montos económicos cuyos resultados se expresan en curvas ascendentes o descendentes en el análisis económico; sino, y ante todo, el cumplimiento de una promesa, un cordón umbilical en el que un extremo es nutrido siempre y cuando nutra al otro.

d. De la remesa como promesa: cordón umbilical existencial con la atmósfera natal

El *Observatorio de las migraciones* publicó un texto sobre políticas de migración en las que, en uno de sus pasajes, vemos la importancia del envío de ayuda por parte de los migrantes a sus países de origen.

Así, por ejemplo, en el caso de Bolivia afirma:

Los bolivianos y bolivianas que migraron al país del norte, se concentran mayoritariamente en las ciudades de Arlington y Washington donde alcanzan a ser la segunda comunidad hispana después de la salvadoreña, pero también existen otras comunidades en San Francisco, los Ángeles, Nueva York, Miami y Chicago. La migración masiva de bolivianos rumbo a este país data desde los años 70 y 80 procedentes de comunidad quechuas de los valles cochabambinos quienes son los precursores de esta ruta migratoria como también hacia otros destinos. En la actualidad existen diversas organizaciones de migrantes consolidadas que tiene vínculos muy interesantes con sus comunidades de origen que apoyan en forma filantrópica al desarrollo de sus municipios a través de remesas comunitarias para co – financiar proyectos de inversión con contraparte municipal, es decir una forma de vinculación de las migraciones y de los migrantes con el desarrollo local, una suerte de co – desarrollo espontáneo sin la

intervención de los Estados implicados, pero con la participación activa de las autoridades municipales (alcalde y concejales) y las organizaciones de residentes en los Estados Unidos.²⁰

Es probable que el término filantropía sea uno de los más adecuados para quien ayuda a sus semejantes humanos en base a un amor universal. Que el migrante que envía remesas a su país de origen para la ayuda con respecto a algún desastre esté motivada por el amor universal a la humanidad que surge cuando uno está fuera de su clima de origen ante un horizonte universalmente abierto.

Cuando nos vemos solos frente al universo, sólo nos queda, por una parte, o desaparecer en él en una especie de anulación de la individualidad o, por otra, dejar nacer en nosotros un sentimiento cosmopolita. Este sentimiento cosmopolita es el que caracteriza al ciudadano no de un país, sea éste emisor o receptor, pues para el cosmopolita no hay fronteras. El sentimiento cosmopolita, del que surge toda filantropía verdadera, sólo caracteriza al ciudadano del cosmos. El *cosmos* como tropo ultra-geo-político, es decir, como una forma retórica que indica aquello que corresponde a una política que está más allá de toda coordenada nacional, sólo puede experimentarse cuando uno ya ha vivenciado una soledad que nos ha sacado de toda referencia a países emisores y receptores, cuando concebimos a todo humano como un migrante del cosmos, como un apátrida. Y es muy probable que varios migrantes sientan esto. En ese caso es admisible, comprensible, y por demás adecuado y correcto el uso del término filantropía para indicar el amor que mueve a la ayuda que los migrantes brindan a otros migrantes y a lo que sufren una desgracia natural como política.

Pero *filantropía* no deja de sonar a un término demasiado frío y forzado para expresar la relación, es más, la vinculación que el migrante tiene con su clima de origen, con su atmósfera natal.

²⁰Observatorio de las Migraciones (ACOBÉ y AMIBE), *Elementos para la construcción de políticas públicas migratorias en Bolivia. Reflexiones para el debate*, versión digital en PDF, publicado en <http://www.acobe.org/>. Pág. 11. En adelante se citará como: Observatorio de las Migraciones, y la página correspondiente: "Observatorio de las Migraciones. Pág."

La remesa no puede circunscribirse a un simple factor económico y político. La remesa debe ser comprendida en su nivel afectivo-existencial, en el compromiso ontológico que implica para un migrante que, pese a todo, nunca ha dejado de sentirse conectado con aquella atmósfera natal, aquella que incluso tratamos de evocar mediante una fenomenología de la infancia, del espacio de la infancia.

La remesa es una conexión, que pensada en términos existenciales y por vía fenomenológica, operan como un cordón umbilical que permite fluctuar nutrientes por una vía a la que ninguna luz de aeropuerto ni inspección policial logra intervenir. La remesa es el cumplimiento de una promesa que ha marcado al migrante como tal. No existe migrante que provenga de ningún lugar, por simple evidencia lógica: nadie puede ser extranjero en todos los lugares, puesto que uno de ellos debe ser por necesidad el suyo propio, su lugar de origen con respecto al que se torna extranjero en los demás.

Sólo el verdadero cosmopolita puede estar privado del término migrante, pues no tiene país emisor, por lo que jamás podría ser país alguno, su receptor; el cosmopolita es un caminante del cosmos. Pero habría que preguntar si pueden ser términos equivalentes migrante y cosmopolita. Con ayuda del anterior razonamiento, parece que son términos que se excluyen. Por ello, sólo al cosmopolita, y sólo a él le corresponde, por derecho propio, la filantropía en el uso más pleno y correcto de la palabra. En cambio, para el migrante la filantropía no es más que la falsa postura de aquel que trata de dar una migaja, como gran donación, de algo que jamás le ha pertenecido.

Y, precisamente, lo que no le pertenece por ningún derecho a nadie más que a la relación del migrante con aquellos que formaban parte de su atmósfera natal es: la promesa hecha al momento

de partir. Esta promesa no le pertenece ni al migrante ni a sus familiares dejados, sino a la relación misma.

Luís: Con el corazón en la garganta tengo que partir. La mujer de mi vida no entendía que mi amor por ella era eterno, que eran ellos el motivo de mi viaje, los zapatos rotos de mi hija, los vestidos parchados hasta el forro, los bolsillos agujeros de tanto rascarlos y no encontrar un quinto. ¡Es injusto, me rajo el lomo! Trabajo más que diez hombres juntos y lo que gano no me alcanza ni para cubrir el agujero del estómago. Me duele mi partida, porque la razón de mi vida está aquí. Así con las maletas llenas de recuerdos me voy, pensando que todo será mejor para mi familia. Me voy del país. Me exilio yo mismo.²¹

La promesa que viene con la partida no es de quien la dice, así como tampoco de quien la recibe y acepta. Pues, si falta alguno de ambos se convierte en nada. Lo mismo si sólo está uno de los dos. La promesa nos instituye en una unión, y, lo que le interesa al migrante y a los que se quedan es la experiencia de esa unión, de esa continuidad que nos da vida; por lo tanto, siempre sentimos estar unidos, y en el fondo retornar, pese a que la muerte parezca interponerse.

Luís: Porque me permites jugar en tus sueños vengo a consolarte. Me pesa la muerte porque te veo llorar, porque te veo sufrir. Tú no me dejas morir, porque aun vivo en ti. Mi alma no se resigna a ser olvidada. Y me duele esta muerte porque este amor por ti y mi hija está vivo; si pudiera volver sería para decirte cuanto las amo. Me hacen falta en la muerte, un segundo en el olvido se hace eterno. Duerme, Julia.²²

A eso que se forma como una continuidad por la que, no importa dónde esté aún puede sentirse como parte de algo más grande, de la relación familiar, de la relación con aquella atmósfera natal que nos nutre vitalmente en la distancia y a la que nosotros retribuimos con conexiones tele-comunicativas.

²¹ Chipana; Riera, Inédito.

²² Chipana; Riera, Inédito.

Aquí, en la experiencia del migrante con su atmósfera natal, con su clima de origen, es donde se revela la paradoja de los actuales medios de comunicación. Cuando observamos por internet algún paraje desconocido, poca afectación nos produce. Pero cuando el paraje que observamos es aquella atmósfera de la que nos hemos auto-exiliado, entonces sentimos que la distancia es amplia e incuantificable. En ese momento precisamente experimentamos la añoranza; es cuando extrañamos. Extrañar es una afectación existencial, que sólo en la conversación con una niña puede producir la evocación literaria más adecuada:

Julia: Te extraño mucho.

Carito: ¿Qué es extrañar? ¿Mamita, es malo extrañar? ¿Duele? Cuando extrañas, puedes faltar a clases?

Julia: Extrañar es perder un pedazo de tu alma. Y no, no puedes faltar a clases.²³

La promesa que está por detrás de toda remesa, sustentándola, haciéndola posible es la promesa de mantenernos en continuidad con aquello que hemos dejado atrás. Dar algo a otro es la estructura de lo social, pero no por el cambio de cosas en un lenguaje abstracto, sino porque la esencia de todo intercambio es la comunicación. Puesto que, en realidad no hay nada que recibir, si al dar no doy algo de mí. En esto precisamente, la figura de la remesa es distinta existencialmente hablando a la concepción de caridad filantrópica contemporánea.

La remesa como tropo, es decir, como recurso literario, nos permite que lo que realmente importa de la migración no son los beneficios y costos que en ella se ponen en juego. Si no, que en la migración lo que está realmente en juego es *la capacidad humana de establecer vínculos afectivos con aquella primera atmósfera de la que nos hemos expatriado*, de aquella atmósfera de la que nos

²³ Chipana; Riera, Inédito.

hemos auto-exiliado y las transformaciones que a partir de ella sufrimos los involucrados. Y debemos resaltar que, a fin de cuentas, es por esta capacidad de *establecer vínculos afectivos* que siempre deseamos regresar, pese a que el deseo no aparezca de manera constante. Y más bien la inconstancia del deseo de retorno a la atmósfera natal es lo que nos mantiene vivos en tanto en cuanto migrantes; si el deseo fuese constante, entonces, crearía una ansiedad insoportable en el migrante.

e. Aquí o allá, nos morimos sin atmósferas nacionales

Sólo en la medida en que comprendamos o no que la migración es un drama existencial en el que el objetivo no es más que mantenernos en contacto, interconectados con la atmósfera natal de la que no hemos expatriado; sólo en esa medida podremos o no dar cuenta de por qué los migrantes actúan como lo hacen y no de otra manera. Sólo en la medida en que comprendamos esta odisea en su dimensión afectivo-existencial.

Carmen: Cada sábado tenemos reunión de la comunidad.

Edgar: Nos reunimos todos los fines de semana, jugamos fútbol, cacho, sapo, loba, tan lejos nos inventamos un país, el nuestro. Nos hacemos a la idea de que estamos en Bolivia, hacemos nuestras canciones, después no ponemos a recordar.

Freddy: ¿Te acuerdas de los bloqueos de los mineros en el 85? Yo estaba ahí, de las minas nos habían echado. Ya no servíamos para nadie; ya relocalizados no teníamos más que el hambre. Del pueblo a la ciudad. De la ciudad a este país. ¡20 años fuera, carajo!

Edgar: Cuando ha llegado el golpe de Banzer en el 80 era jodido. Teníamos miedo, a mi padre lo buscaban, a mi hermano ya lo habían matado, de miedo nos hemos escapado de Bolivia, hemos dejado todo. Cuando pasó la dictadura, de miedo no pudimos volver.

Cesar: Yo era músico. En todas las peñas me veían. Tocaba para turistas, con mi charanguito hacía llorar a todas las turistas, tenía trago gratis. Un día me había enamorado de una gringa linda, la Georgeth. Nos juramos amor eterno, yo la quería hartito. Pero ella ha dejado mi país. Lo grave es que al mes de estar aquí se ha ido con el Mister Smith.²⁴

Las razones específicas por las que suelen decir los migrantes que se fueron son varias, al igual aquellas por las que decidieron no retornar. En algunas ocasiones estas razones son sólo pretextos, mentiras que uno está dispuesto a aceptar, sea que las diga o las oiga. Pero lo común en todos los casos es que a un migrante le resulta imposible no mantenerse interconectado con su lugar de origen. Esta interconexión es afectiva. Y se siente más cuando se está en la distancia.

Esta necesidad de interconexión afectiva, asemejada a un cordón umbilical no sólo está tendida hacia la patria geográficamente establecida. Sin embargo, tal vez nunca se regrese allá, a no ser en la forma concreta de remesas y ayuda material, o en la conversación tele-comunicativa con la familia. Pero, como lo que está realmente en juego es *la capacidad humana de establecer vínculos afectivos con aquella primera atmósfera*; entonces, la necesidad de inter-conexión se establece también con aquellos que están en la misma situación de migrantes. He ahí la creación de las comunidades de migrantes en el extranjero.

Y es que no sólo la figura del feto conectado proteicamente con el útero de la madre patria, de la atmósfera de origen, sirve para comprender esta interconexión afectiva, sino también la ya teorizada diáspora. Pues resulta que los humanos nos hemos diseminado por todo el planeta como semillas de una especie muy capaz de mutar y adaptarse climáticamente a atmósferas distintas de la natal. Y tanto con las plantas como con los humanos es válido el caso en que las semillas regadas por el

²⁴ Chipana; Riera, Inédito.

planeta suelen dar sus mejores frutos cuando comparten lugares comunes. Claro está, sin que ello las prive del peligro de la hierba mala.

Las comunidades son, como acertadamente propone Sloterdijk²⁵, invernaderos en los que estas semillas pueden germinar en condiciones climáticas artificialmente construidas. Estos invernaderos también fungen como incubadoras para los recién llegados. Fungen como una réplica placentaria que da nutrientes tanto a los recién llegados (la ayuda entre los miembros de la comunidad de migrantes); pero no sólo a ellos, sino también a los que se quedaron en el lugar de origen (las remesas). Y esta función se ha hecho vital para todos los miembros de esta relación proteínica de gran importancia:

Es decir, en términos de origen, Bolivia registró un ingreso de 1.097 millones de dólares por concepto de remesas el pasado año lo cual representa un significativo aporte al desarrollo no solo en la mejora del aparato productivo sino en desarrollo humano y por otro parte, los países de destino se benefician del aporte laboral, económico y demográfico.²⁶

Y logran articulaciones que son bidireccionales:

En el plano local existen experiencias muy positivas de vinculación y de relacionamiento político institucional con las organizaciones de residentes en el exterior. Algunos municipios se han preocupado por rescatar a sus comunidades en el exterior y de desarrollar una participación virtual en la planificación municipal y el desarrollo de proyectos de desarrollo local. Generalmente en los municipios indígenas de tierras bajas y municipios del valle Cochabambino mantienen estrechos vínculos con sus comunidades y las organizaciones sociales de migrantes que se encuentran en Argentina, España o Estados Unidos, conformando una suerte de comunidades transnacionales. El arraigo de los migrantes indígenas con sus comunidades en una relación muy fuerte, es decir si bien asimilan valores culturales de la sociedad de acogida también preservan los valores originarios lo cual

²⁵ Cfr. Sloterdijk, Pedro, *En el mismo barco. Ensayo de hiperpolítica*. Ed. Siruela, 2006.

²⁶ Observatorio de las Migraciones, Pág. 37.

se evidencia en la llegada y la participación de estas personas en las fiestas patronales o a los campeonatos deportivos anuales u otras actividades de trascendencia. En consecuencia es pertinente reflexionar sobre el voto extraterritorial de los migrantes bolivianos y bolivianas en las elecciones municipales y su incidencia en el desarrollo local.²⁷

Esto precisamente permite que los migrantes no mueran y aunque muertos no podamos olvidarlos, sea una muerte biológica o comunicativa. El deseo de volver los mantiene siempre vivos, siempre afectivamente interconectados con la atmósfera de origen.

5. Apuntes para una fenomenología “del regreso”

Pero, aquella atmósfera de origen casi siempre tiene la forma de un país inventado, de un país todavía más imaginario que el otrora deseado.

Edgar: Nos reunimos todos los fines de semana, jugamos fútbol, cacho, sapo, loba, *tan lejos nos inventamos un país, el nuestro*. Nos hacemos a la idea de que estamos en Bolivia, hacemos nuestras canciones, después no ponemos a recordar.²⁸

Más de una vez aquí añoramos nuestra comida, un picante de pollo, un chicharrón, nuestra llajua, nuestras salteñas, y por sobre todo nuestros amigos bolivianos. Buscamos viejos amigos, tratamos de encontrar nuevos. Hacemos fiestas y nos invitamos, escuchamos nuestra música y cantamos nuestras canciones y casi siempre antes de despedirnos cantamos “Viva mi Patria Bolivia”, bailamos en carnavales y celebramos el 6 de agosto.²⁹

El país que extrañan no ha dejado de ser aquel “país de mierda” del que deseaban irse, es más, ellos lo saben, ha empeorado. No es como el clima en el que ahora trabajan y realizan sus entradas y fiestas, como islas que se levantan dentro el invernadero con el fin de refrescar el clima artificial.

²⁷ Observatorio de las Migraciones, Págs. 23 – 24.

²⁸ Chipana; Riera, Inédito.

²⁹ Extractado de la página web de la comunidad de residentes bolivianos en Chicago Renacer: <http://www.renacerboliviano.org/>

Lo que hace que la vida, muchas veces infernal, de un migrante pueda ser llevadera no es tan diferente de la mayoría de los latinoamericanos en sus propios países: experimentar una atmósfera en la que todos los problemas se ponen en paréntesis. Los migrantes crean una atmósfera nacional que funciona como micro-clima, como un invernadero de funciones placentarias que nutre a los integrantes de la relación migratoria³⁰.

Dentro de este micro-clima, llamado atmósfera nacional, ellos “se hacen a la idea de estar en Bolivia”. Sin este tipo de micro-clima artificial³¹ en el país receptor, los migrantes caerían en una depresión y angustia que conduciría a una pésima calidad de vida. Por lo tanto, estas atmósferas nacionales operan como una réplica en pequeño del clima correspondiente a la atmósfera natal. Esto sólo se produce cuando dos o más se reúnen para ampliar los lazos y reforzar la interacción del cordón umbilical existencial con la atmósfera natal.

Puesto que las atmósferas con lazos afectivos, sin la creación de estas atmósferas nacionales artificiales de los migrantes, la vida en un país distinto tal vez les sería insoportable y tendrían que buscar una nueva migración. Esto, claro está, supondría una baja en el rendimiento laboral que establecería las condiciones necesarias para problemas sociales de índole mayor³². En cambio, un las comunidades de migrantes que logran crear sus atmósferas nacionales, suelen mostrar un mejor rendimiento tanto laboral como social.

Precisamente, las comunidades de migrantes tienen como objetivo la construcción de un *microclima de atmósfera natal* con función de invernadero y placenta proteínica, mediante la

³⁰ Los migrantes establecidos como comunidad y la ayuda que entre ellos se ofrecen mutuamente, además de las actividades que culturales que realizan; los familiares de los migrantes que reciben la ayuda de las remesas y los países de origen que se benefician de los impuestos a las remesas y, ante todo, el país receptor que se beneficia del trabajo de los migrantes.

³¹ Artificial no en el sentido peyorativo de lo falso. Un invernadero de plantas genera para ellas un micro-clima artificial que no es falso. Se le dice artificial, porque el lugar donde ésta ha sido creado carece del clima dentro del invernadero; no es natural, sino generado “por la mano del hombre”.

³² Al parecer el alcalde de Chicago, Rahm Emanuel, anunció el pasado 19 de julio la creación de una oficina denominada *Nuevos Americanos*, con el fin de ayudar a las comunidades de migrantes de Chicago y, así también, fortalecer sus contribuciones a la vida económica, cívica y cultural de la ciudad.

reproducción del clima cultural boliviano, de la atmósfera nacional en el país receptor, y, mediante la ayuda económica a los familiares que los esperan en el lugar de origen. Y esto puede ser claramente ejemplificado con la labor del grupo Renacer³³:

La misión de Renacer Boliviano es “Ayudar a personas necesitadas en Bolivia, su comunidad en los Estados Unidos de América, y difundir la cultura boliviana”.³⁴

La difusión de la cultura boliviana juega el papel fundamental de una contraofensiva inmunológica. Tras haber experimentado en altas dosis un tratamiento de esterilización, de debilitamiento de la identidad para que el país receptor pueda sentirse inmunizado de la pandemia migrante. Tras este debilitamiento, ahora estas comunidades funcionan como reservas, casi como parques botánicos en los que se procura salvar aquello que no ha sido aniquilado por la migra y las exigencias diarias de un trabajo generalmente extenuante. Las comunidades de migrantes funcionan como reservas, incubadoras, invernaderos o jardines botánicos, en las que se reúnen especies de un mismo género como iguales: cambas, collas, chapacos, todos como bolivianos. En estas comunidades se construye artificialmente, y con lo que se tiene a mano, un micro-clima, una atmósfera natal muy parecida a aquella de la que en apariencia querían escapar. Por ello no es de extrañar que quien antes aborrecía la fiesta popular, ahora, en el extranjero, se convierta en un folclorista militante.

Si recordamos que uno de los factores más comunes para la intención de migración en los jóvenes es el carácter relajado, desorganizado y festivo de nuestro país. Resulta, pues, completamente paradójico que aquello de lo que nuestros migrantes se enorgullecen, sea precisamente eso: la relajación en las obligaciones y deberes, la irresponsabilidad, la desorganización y la fiesta.

6. Conclusión: Respuesta a la pregunta, hacia dónde desean regresar los migrantes

³³ Como también la recientemente inaugurada “Casa del Migrante” en Chicago por la comunidad mexicana en los Estados Unidos.

³⁴ Extractado de la página web de la comunidad de residentes bolivianos en Chicago Renacer: <http://www.renacerboliviano.org/>

Habiendo señalado que, pese a que no lo haga, un migrante desea regresar. Hecho cuya acta ha sido levantada por canciones como *La caraqueña* y *El regreso*. Habiendo analizado que migramos por tres razones fundamentales que constituyen el proceso mismo de la migración: 1) la capacidad humana de movimiento, 2) la posibilidad de seleccionar el tipo de clima en el que deseamos habitar y 3) porque, mediante los medios de comunicación, se educa para desear vivir en los países del primer mundo antes que transformarse en los que hemos nacido; este deseo se torna en voluntad de buscar un nuevo mundo. Hemos visto que la conclusión preliminar a la que arribamos es que migrar implica una experiencia afectiva contradictoria: “Amamos un país al que nos han enseñado a despreciar. Pero lo despreciamos para desear un nuevo clima y localidad, una nueva atmósfera” que resulta de la negación sublimada de la atmósfera natal. Habiendo migrado, el migrante aprende que lo más amado siempre fue la atmósfera natal que dejó atrás.

Y de esto se pueden todavía extraer una conclusión que nos ha parecido fundamental para la perspectiva de este ensayo: lo que realmente está en juego es “*la capacidad humana de establecer vínculos afectivos con aquella primera atmósfera de la que nos hemos expatriado*”. Como la migración es una experiencia afectiva, entonces, la metodología filosófica más adecuada para estudiarla es la fenomenología y la hermenéutica. Por ello ensayamos una fenomenología del deseo de las experiencias de la ambientación y la nostalgia, como también esbozamos una fenomenología del regreso.

Esta fenomenología ha recurrido a términos que a primera vista parecen metafóricos, pero en realidad son utilizados con la finalidad de sintetizar el tipo de funcionamiento vital en el que se desarrolla la migración, pues también ésta es también un proceso biopolítico; esterilizar a los migrantes para que sepan que están en una nueva atmósfera, en un clima diferente al suyo; y la contraofensiva inmunológica que implica la construcción de comunidades de migrantes. Estas

comunidades, según nuestro análisis fenomenológico, operan como invernaderos en los que los migrantes recién llegados con recibidos y cuidados hasta su plena aclimatación; pero también operan como una placenta que sirve de conexión entre la atmósfera natal del país de emisor y el nuevo clima del receptor. En el desarrollo de este análisis fenomenológico que estudia la dimensión biopolítica de la migración, nos permite definir el término *atmósfera* como un espacio afectivo en el que nos sentimos vinculados a otros, un espacio afectivo-comunicativo por el que compartimos un mundo común. Coordinada a este concepto fenomenológico, definimos *atmósfera natal* como aquel espacio-afectivo en el que aprendimos quienes somos. Definimos también la *atmósfera nacional* como a aquel micro-clima que reproduce, en la lejanía la atmósfera natal, que funciona como un invernadero de funciones placentarias que nutre a los integrantes de la relación migratoria. Todo con el fin de responder a nuestro problema: ¿hacia dónde desea realmente regresar el migrante?

Es así, que con todo lo aquí expuesto, podríamos concluir con la respuesta al problema planteado: ¿Hacia dónde desean regresar los migrantes? El verdadero lugar al que los migrantes desean regresar es a su respectiva *atmósfera nacional*, a aquel micro-clima artificial, creado en la lejanía del auto-exilio como una reconstrucción de la *atmósfera natal*. Es decir, desean regresar a un país con el desarrollo, seguridad política y económica que esté al nivel de sus países receptores, pero en los que puedan gozar de las libertades de su país de origen. Pero como esto no existe, los migrantes continúan saliendo del país y los que se van pocas veces retornar, pese a que el deseo de hacerlo existe y les permite ser, precisamente, migrantes y no cosmopolitas. Sabiendo esto, tal vez deberíamos trabajar conjuntamente para materializar aquella deseada *atmósfera nacional* en nuestros países de origen.